REAL ACADEMIA GALLEGA

DISCURSOS

LEIDOS, CON MOTIVO DE LA RECEPCIÓN DEL NUMERARIO ELECTO

D. FRANCISCO PONTE Y BLANCO

ACTO CELEBRADO EN LA NOCHE DEL

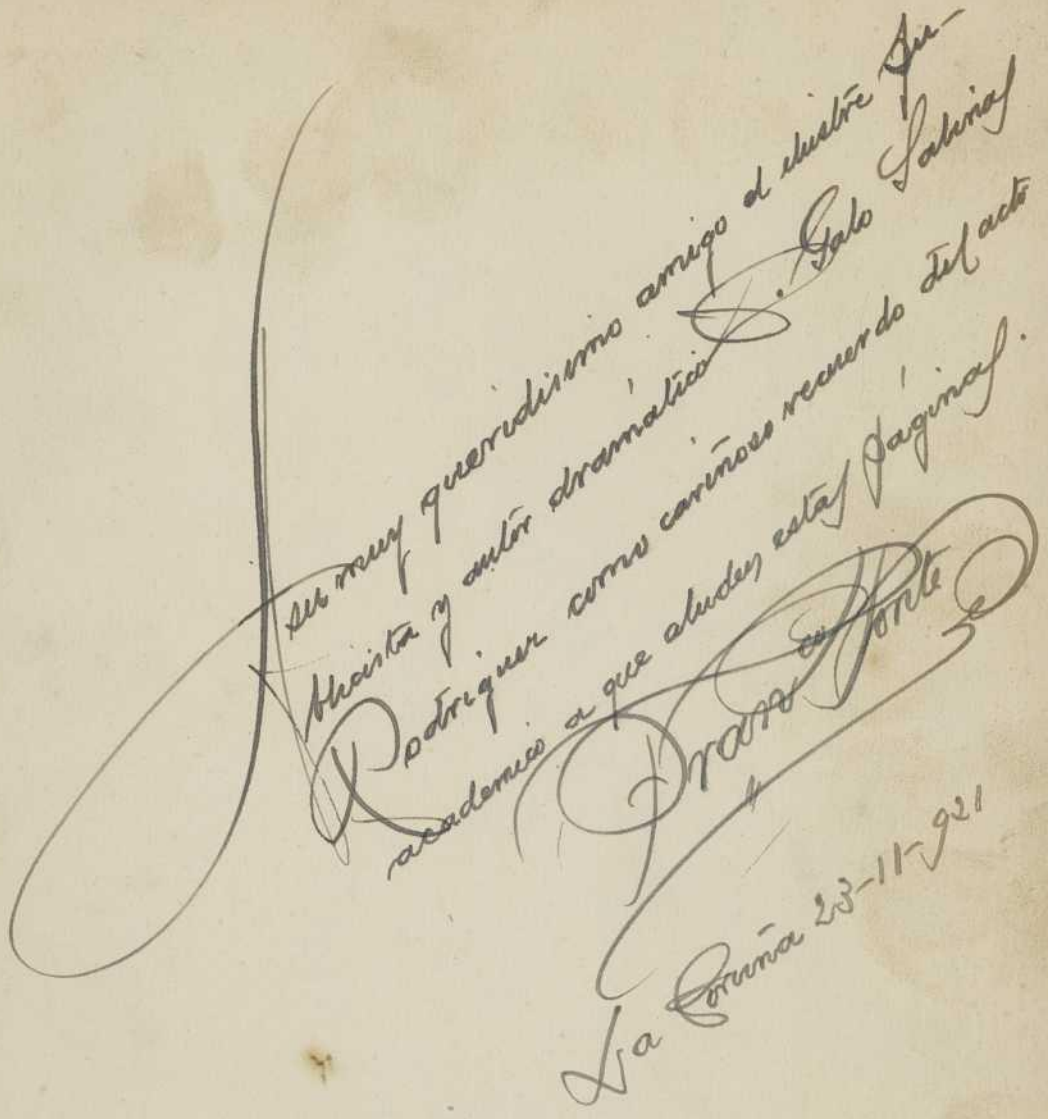
23 DE SEPTIEMBRE DE 1921

EN EL SALÓN DE ACTOS DE LA

REUNIÓN RECREATIVA E INSTRUCTIVA

DE ARTESANOS, DE LA CORUÑA

: : Papelería e Imprenta : :
GARCYBARRA
Real, 66 : : : : La Coruña



A su muy queridísimo amigo el ilustre Publicista y autor dramático D. Galo Salinas Rodríguez como cariñoso recuerdo del acto académico a que aludes estas páginas.

Franco Ponte

La Coruña 23-11-921

REAL ACADEMIA GALLEGA

DISCURSOS

LEIDOS, CON MOTIVO DE LA RECEPCIÓN

DEL NUMERARIO ELECTO

D. FRANCISCO PONTE Y BLANCO

ACTO CELEBRADO EN LA NOCHE DEL

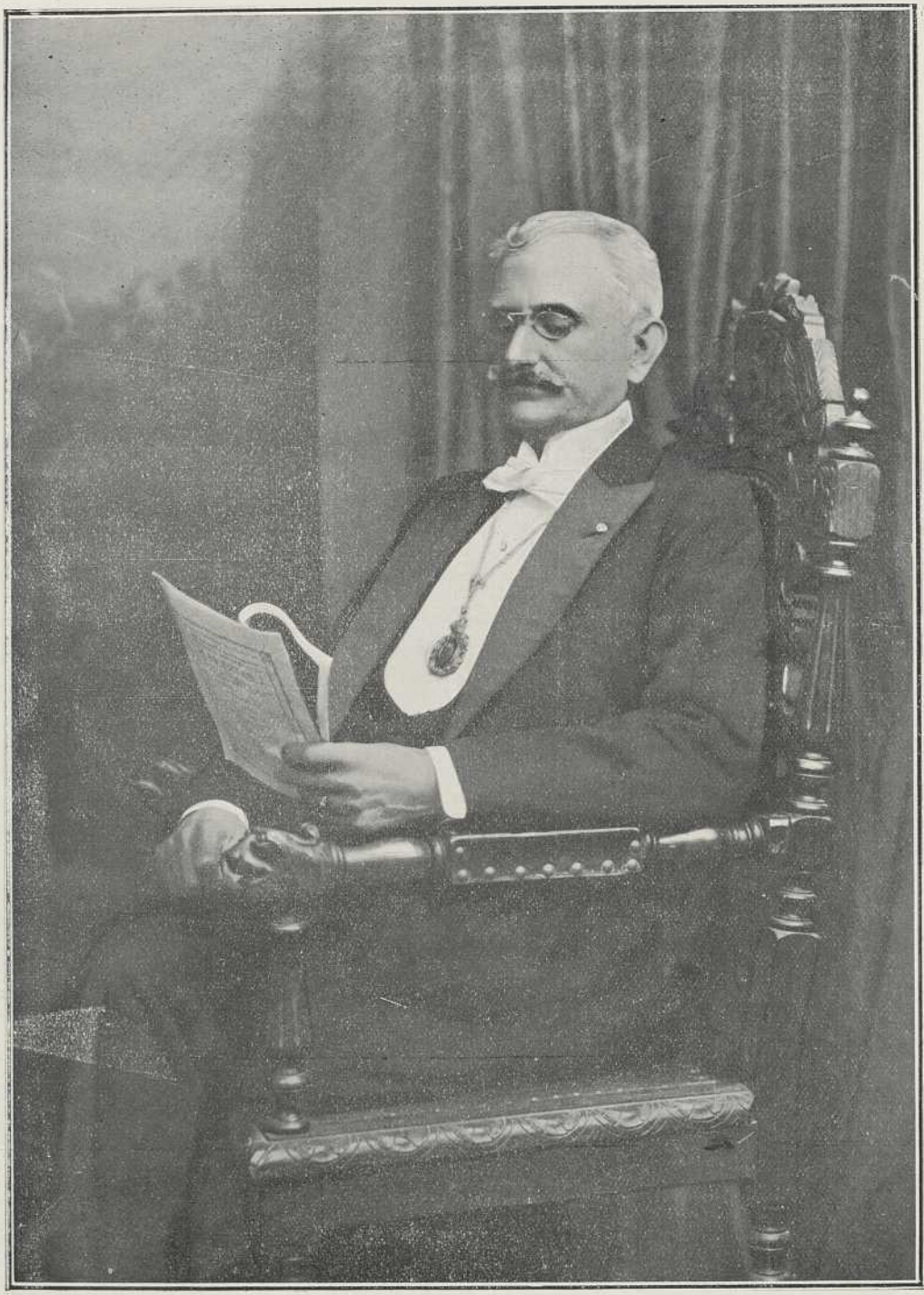
23 DE SEPTIEMBRE DE 1921

EN EL SALÓN DE ACTOS DE LA

REUNIÓN RECREATIVA E INSTRUCTIVA

DE ARTESANOS, DE LA CORUÑA

: : Papelería e Imprenta : :
GARCYBARRA
Real, 66 : : : : La Coruña



D. FRANCISCO PONTE Y BLANCO

Numerario electo

Breves consideraciones acerca del Arte y de los estilos,

a través de las civilizaciones

Señores Académicos:

No puedo yo, aún teniendo como tengo premeditado el tema elegido para este acto académico, substraerme al receloso temor que me inspira el presentarme ante vosotros, con la ecuanimidad que precisa mi espíritu para llegar al final de este elegido tema, exponiendo en su desarrollo la expresión ordenada de mis ideas, con la clarividencia indispensable y sin la perturbación que en mi facultad anímica producir pudiera, el inmerecido honor que vuestra natural benevolencia me dispensa, ofreciéndome una concesión muy superior a mis merecimientos, al llamarme para ocupar plaza de número en esta Real Academia.

Permitidme, pues, que cumpliendo un gratísimo e ineludible deber, sean mis primeras palabras para expresar mi gratitud tan sentida como sincera, y os manifieste cuanto me satisface y halaga, el venir a ocupar un puesto en esta meritísima institución, presidida por el egregio patriarca de nuestras letras, Don Manuel Murguía, primera figura histórica y literaria de Galicia.

Vengo a ocupar al sillón, que la sensible baja producida por una ley ineluctable a la cual no es posible substraernos dejó vacio, y que una personalidad tan esclarecida en el mundo de las letras, como el doctísimo catedrático de sereno juicio y amena claridad, Don José Pérez Ballesteros ocupó hasta su fallecimiento.

Fué mi antecesor, de los que honran dignamente a nuestra Región. De un elevado nivel técnico y científico, ha dejado indelebles recuerdos de su extensa y bien orientada cultura. Lo mismo en el depurado gusto de sus versiones amplificativas acerca de la Sagrada Bíblia, como en sus *Apuntes Cervantinos* de una crítica literaria atrayente, nos ha legado el llorado Académico, las galas de su notable fruto de parafraseador distinguido y una extensa y rica labor de concienzudo filológico.

Aquel ingenio de admirable lucidez e intuición clara, que ora nos deleitaba el ánimo con la pulcritud y definida orientación de sus composiciones epigramáticas, ora nos producía el natural asombro contemplativo, examinando esa recopilación ordenada y perseverante del soberano tesoro de nuestra lírica popular, ha dejado una legión de admiradores de su talento y varias generaciones de alumnos, que hoy veneran con fervoroso respeto su memoria, entre los cuales tenemos la honra de contarnos.

Cumplo hoy al lamentar profundamente la forzada ausencia, que nos privó de su talento y de sus sabios consejos, el justísimo y obligado deber de ensalzar su nombre ilustre, testimoniándole el merecido homenaje admirativo a su talento y rindiendo piadoso tributo a su memoria venerada.

* * *

Y una vez satisfecha esta obligada deuda de admiración y cariño, procede cumplir con espíritu disciplinado, el deber social de exponer como detalle preliminar el tema o asunto a que he consagrado el trabajo de mi discurso para la presentación en este acto, a recibir tan honrosa investidura. No he de ocultaros antes de exponeros mi propósito, que mi ánimo vacilante, torturado por violentas alternativas y fluctuando con espíritu indeciso, dudó mucho tiempo antes de aportar mi modestísimo concurso a este ejercicio literario, en el cual colaboran con ejemplar patriotismo, personalidades de indiscutibles prestigios técnicos y científicos; pero debo también confesaros ingenuamente, que bajo semejante recelosa indecisión, agravada intensamente con la magnitud y aspecto del tema que me permito someter a vuestra consideración, palpitaba una confortadora afirmación de íntimo alivio a la fatiga experimentada y un ramalazo de consoladora esperanza; esto es, el firme deseo de corresponder con la importancia del asunto, al honor que

inmerecidamente me dispensais, y la confianza halagadora de que habreis de otorgarme vuestra benévola indulgencia, a cuya protectora sombra cobijo estas modestas ideas mías.

* * *

Breves consideraciones acerca del Arte y de los estilos, a través de las civilizaciones, es el tema que, desarrollado en forma esquemática, dentro de estrechos límites, deliberadamente elegidos para fatigar lo menos posible vuestra atención, habrá de ser objeto de esta disertación. Yo no se si este tema adaptado a las devociones más predilectas de mi vida intelectual, encajará dentro del objeto perseguido por esta docta Corporación, que en el orden intelectual representa a Galicia; pero concediéndome sus Estatutos absoluta libertad para su elección, permitidme el que adopte aquel que por mis aficiones particulares, pudiera ofrecerme el mayor margen posible, para cumplir con espíritu sometido a las reglas legales, este deber social.

Si en el transcurso de su desarrollo llegase a fatigar vuestro ánimo, abusando de la indulgencia con que me escuchais, no culpeis al mejor o peor acierto en su elección, culpad a mis manifestaciones, que carecen del mágico poder emotivo en la distribución de palabras y pensamientos; culpad a la carencia de facultades precisas, para dominar convenientemente las ideas luminosas, que constituyeron a compás de la civilización, las sublimes manifestaciones del pensamiento, de las emociones y de los sentidos de la Humanidad.

Entremos, pues, en materia:

* * *

Se afirma por opiniones autorizadas, que el artista que tiene *estilo*, ve las cosas por el prisma del sentimiento.

Bien está semejante aptitud para recibir las impresiones exteriores: pero no puede olvidarse, que aún cuando esta cualidad individual que imprime a la obra del artista un sello indeleble y característico, sea una propiedad inseparable del sujeto, es indudable que de la necesaria comunicación de ideas en cada país y en cada época, entre compañero y compañero, entre maestro y discípulo, ha de resultar cierta afinidad en el modo de pensar y de ejecutar las obras y los caracteres comunes

a todos los trabajos de los artistas de un mismo grupo. Esta analogía o semejanza forma, pues, el tipo de lo que se llama también estilo de esa colectividad.

De ahí que generalizando el vocablo, podamos decir desde luego, que el *estilo* es la manifestación artística de un pueblo, y a veces de una sola personalidad, acoplada a las exigencias y caracteres particulares de determinada época.

Vana tarea sería para mi, escudriñar infructuosamente el nebuloso e indeterminado origen de estos caracteres particulares, que constituyen en conjunto los elementos adoptados por las artes en sus distintas manifestaciones, y que demuestran con su carácter de universalidad, el genio clásico impuesto por la sanción perseverante de largos siglos, sin que los vaivenes de las distintas épocas, hayan logrado alterar la pureza de sus caracteres particulares y fijos. Me limitaré tan solo a practicar una ligerísima investigación a través de la Historia.

* * *

En tanto estudios concienzudos afirman que la India es, no solamente la cuna del género humano, sino también la de nuestras tradiciones artísticas, observaciones no menos autorizadas colocan el estilo indio en lugar secundario, con respecto a la antigüedad de su origen.

Teniendo en cuenta que los pueblos creadores de civilizaciones proceden de otros más o menos civilizados, parece indudable que lo que nosotros apreciamos como antigüedad, debió haber tenido otra antigüedad a la cual estudiar; pero ni rastro queda a las actuales generaciones en que poder orientarse de los tiempos fabulosos y heróicos de aquellas épocas legendarias que la Historia nos reseña.

Hércules, Júpiter, Platón, Teseo, Minerva, Andrómeda y demás divinidades y personajes heróicos, atribuidos a los mitos griegos, aparecen no obstante con borrosas filiaciones, derivadas de la fábula índica.

Si partimos para nuestro estudio de la India de hace seis mil años y echamos sobre su desarrollo una ojeada histórica, la vemos pujante, pletórica de vida y arte. Huellas indelebles de esta afirmación y de espíritu dominante en aquella época, la han dejado cristalizada con profundos rasgos artísticos, Egipto, Persia, Judea, Grecia y Roma.

Mas sea verdad que la India, como algunos afirman, haya copiado de Egipto sus artes, su lengua y sus leyes, o que por el contrario la

tierra toda de las pirámides, no sea otra cosa que una grandiosa emanación índica, lo cierto es, que la escultura que procede de la India tiene la riqueza de formas de un arte sentido e inspirado, y que la pintura se revela como una de las artes más típicas del estilo indio.

En resumen: las artes industriales de la India, fueron importantísimas y ejercieron una gran influencia sobre Occidente. Finalmente, la organización social primitiva en castas, proporcionó a la India sucesiones de generaciones que, ejercitadas desde su infancia en el oficio patronal, perpetuaron sin interrupción el estilo, con el mismo ritmo, la misma forma e idéntica modalidad decorativa.

* * *

El estilo egipcio se distingue por su carácter esencialmente decorativo. En general está caracterizado por una factura en que se armonizan la grandiosidad del concepto con lo sencillo del detalle.

El espíritu pronunciadamente conservador de aquel pueblo, cuya civilización admiramos en sus monumentos, es el mismo de inmovilidad casi inorgánica que caracteriza su sistema social. Buscaron en la rareza del monolito gigante una forma de arte, y con su preocupación de desnaturalizar ingenuamente los objetos usuales, dieron los primeros pasos en la técnica que ha presidido la evolución de los estilos hasta nuestros días.

* * *

Al llegar aquí con esta brevísima reseña, no puede dejarse inadvertida la civilización floreciente y original, que simultáneamente a la de Egipto se desarrollaba en Asia, surgiendo en este pueblo compuesto de tribus caldeas, diseminadas sobre las orillas de los ríos Tigris y Eufrates, el arte asirio, que alcanzó notable apogeo bajo la tutela de los reyes egipcios.

Su arquitectura, caracterizada por los restos de sus monumentos, nos indica una tendencia determinadamente indígena, admirable por sus contornos y muy importante por sus extraordinarias dimensiones. Pueblo rico y poderoso, apuntamos tan solo la existencia de su arte, cuyos vestigios nos hablan del gran lujo y ostentación que lo distinguen, absolutamente oriental.

* * *

De las anteriores civilizaciones fué heredera Grecia, que si bien en un principio se mostró fiel a las tradiciones artísticas de los pueblos egipcio y asirio, no tardó la floreciente Atenas en ofrecer al mundo del arte, los recursos de su ardiente inspiración, cristalizada en el original aspecto de sus portentosas creaciones.

El genio artístico de los griegos, su gusto y lo adelantado de su civilización, es digno de la general admiración que se le consagra. Fundados sus elementos directivos en que el lujo monumental sirve para instruir al pueblo, a la par que contribuye al engrandecimiento público, dieron ese carácter de majestad y magnificencia que ostentan las construcciones de aquella memorable época.

Pruebas inequívocas de sus portentosas obras artísticas, nos la ofrecen los restos de aquellas notables construcciones primitivas, que atestiguan la superioridad del Arte griego sobre sus contemporáneos.

Dueños los griegos de los procedimientos decorativos egipcios, pronto lograron superarlos, merced a su genio inventivo, propenso al perfeccionamiento de todos los ramos del saber humano. La pintura decorativa se desarrolla en Grecia simultáneamente con la Arquitectura, y los caracteres esenciales de la arquitectura helénica, calificada con razón de clásica y académica, están representados por el sentimiento justo de la proporción rehuyendo lo abstracto, a la vez que el desdén a lo monstruoso y enorme, revelando gusto y predilección por los contornos vistos en la Naturaleza.

Formada en un principio esta civilización con la ayuda y enseñanza de los pueblos orientales contemporáneos, hubo un momento en que el genio de los helenos se emancipó del lastre tradicional, para dedicarse exclusivamente a la expresión de su sentimiento artístico, llegando en tal empeño al más alto grado de perfección.

Digamos, pues, como resumen, que fué un pueblo cuya superioridad en el arte residió en su genio, y este en la reflexión y observación de la misma Naturaleza, no habiendo en el arte griego nada que no esté justificado, y llegando su escuela a ser de orden universal.

* * *

Al llegar rastreando la historia, a las postrimerías de esta época primitiva, aparecen con carácter exótico, debido sin duda a la influencia que en la combinación de su arquitectura peculiar ha tenido el Asia

menor y Egipto, el estilo llamado persa, estilo que si bien de limitada trascendencia histórica, fué verdadero derroche de suntuosidad, dentro de una pauta artística, dura y primitiva, inspirada por asirios y egipcios.

Sin embargo, entre sus elementos decorativos, cuyo origen sube hasta la antigua Babilonia, y que en manos de los persas han llegado a un grado eminente de perfección, no puede dudarse que hay algunas cuya influencia resultó indudable en civilizaciones posteriores, hecho que demuestra, como el centro de Asia ha seguido siendo también el centro de donde han irradiado muchas ideas, que han corrido y se han desenvuelto por el mundo entero.

* * *

Al abandonar con el anterior estilo la civilización primitiva, para investigar el desarrollo de la latina, que fué su sucesora, y en la cual merced al gran Constantino tomaron las artes un nuevo rumbo, rompiendo definitivamente los débiles lazos que aún la ataban a las venerables tradiciones de la Grecia, no es posible ocuparse del arte romano sin enumerar, siquiera sea muy ligeramente y a manera de preámbulo, el arte del pueblo etrusco, pueblo pletórico de sentimiento artístico, cuya civilización adquirió grandes vuelos y pujanza, por las referencias históricas que de su desarrollo existen.

Indudablemente debió haber sido vigorosa la vitalidad de este pueblo, juzgando por el desenvolvimiento que obtuvieron sus artes plásticas y los notables artistas que más tarde, cuando dominada Etruria por los romanos proporcionó esta región, y contribuyeron poderosamente al embellecimiento de la suntuosa capital romana.

En realidad, muy poco interés ofrece el arte romano en los albores de su desarrollo, esto es, en el período que comprende la monarquía y los primeros tiempos de la república. Pueblo esencialmente político y guerrero, el romano no tiene en sus comienzos personalidad tan determinada en el mundo artístico, como la ofrecida por los griegos, egipcios, persas y etruscos. La mayoría de los elementos que entran en sus producciones artísticas, fueron tomadas de aquellas civilizaciones; pero desvanecidas más tarde determinadas oposiciones y establecida claramente la orientación conveniente, se encauzaron las artes por verdaderos derroteros, alcanzando pronto su desarrollo la grandeza y magnificencia tan proverbial en el arte romano.

Aun cuando la Arquitectura, con una poderosa facultad de asimilación ha dado origen a grandiosas concepciones, reveladoras indudablemente de una poderosa grandeza, en la escultura se obstinaron en buscar la expresión del natural y han caido en el defecto de apurar la ejecución. El tan ponderado grupo de Laoconte y el Toro de Farnesio, obras maestras de escultura romana, no revelan ni superioridad, ni progresión alguna, comparadas con las estátuas griegas.

No fué tampoco mayor la atención que los romanos dedicaron a la pintura. Sin embargo, cítanse como obras características, reveladoras de su personalidad en este género, los bajorrelieves de estuco pintados que adornan las bóvedas de las Termas de Tito, así como las pinturas murales de Pompeya, debidas casi todas a artistas helénicos, cuyos asuntos ofrecen gran número de repeticiones de las obras clásicas de Grecia.

No obstante lo manifestado, es indudable que en el constante evolucionar del Arte, la influencia de los estilos griego y romano, han constituido el sillar sobre el cual descansan la construcción arquitectónica y la ornamentación de todas les épocas que le siguieron en el decurso de la historia del Arte.

Con el estilo romano termina la serie de los que constituyen la llamada *Arquitectura antigua* o *pagana*, dando paso con sus disgregados miembros a nuevos procedimientos, que con pensamiento de unidad, han dado origen a lo que más tarde se llamó *Arquitectura cristiana*, verdadero manantial de atrevidas y complicadas formas.

* * *

Bajo el nombre genérico de estilo pompeyano, se designa el arte greco-romano que floreció en Pompeya, Herculano y Stabias, desde los etruscos hasta el año 79 de nuestra Era, y si bien el esplendor de esta civilización sepultada por las cenizas y la lava del Vesubio, alcanzó notable y original brillantez en el citado período, en cambio el Arte en sus diversas manifestaciones, puede considerarse como una fase o derivación del romano, dentro del cual aparecen caracteres vigorosamente trazados.

Nos ofrece esta civilización su parte más interesante, en el detalle decorativo. De ahí que su arquitectura, si bien recomendable por la belleza y excelente gusto que campea en los motivos y delicadeza de

molduras y accesorios, no estuviese a la altura del nivel extraordinario que en este período alcanzó la pintura. En general la arquitectura, denota falta de grandeza, comparada con la romana, y demasiado compuesta y retocada frente a la griega, de la que en realidad era originaria.

El eje espiritual del arte pompeyano, está constituido por el mito y la leyenda. Fué, digámoslo así, el arte ideal buscado en el amor, en la belleza y en la perfección externa de las cosas. Los artistas hacían de las leyendas maravillas de terreno carácter, dando cuerpo a la idea y forma a la imagen, de lo que surgía la plástica más hermosa y la más perfecta expresión decorativa, a la que rinde homenaje la Historia de las Bellas Artes.

La belleza de la mujer, saturada a veces de poesía erótica, es el tema favorito que genera la pintura pompeyana, y el desnudo del natural el estudio predominante.

Como verdadera revelación para la Historia del Arte y espléndido alarde de un valor inapreciable por su técnica, por su factura y por su corrección, ahí teneis, preconizando ante las edades modernas su indiscutible belleza, las pinturas murales conocidas por «El juicio de Salomón», «Marte y Venus», «Eneas herido» y «Polítemus y Galatea».

Inspirada la perfección del sistema decorativo en imitar la Naturaleza hasta engañar al espectador, logró obtener decoraciones tales, que llegaron a formar un estilo tan notable como el de cualquiera otra época de la antigüedad, y que aún cuando tan clásico como el de los griegos, tuvo para la Historia del Arte dos notables cualidades que le otorgaron la importancia histórica que le corresponde. Su fin utilitario, expresado dentro de la sencillez latina, donde a través de la suntuosidad de sus formas aparece el aprovechamiento de la obra; y la universalidad que proporcionó del arte latino, en unión del impulso romano y griego, imponiéndolo solamente con la pintura, y logrando implantarlo, para que a través de los siglos perdurase y fuese la fuente de inspiración de las artes modernas.

* * *

Corresponde ahora en el orden cronológico de esta ojeada histórica, la enumeración del concepto general que merece el conjunto de manifestaciones artísticas procedentes del Oriente Cristiano, al cual dió nombre la colonia griega establecida a la entrada del Bósforo en Bizancio.

La denominación de estilo bizantino, en realidad se ha prodigado con muy poca fijeza, no solamente para designar las construcciones cristianas anteriores a la época ojival, sino también con el propósito de comprender en un grupo geográfico todos los monumentos levantados en el antiguo imperio de Oriente; pero semejante denominación, corresponde exclusivamente al estilo de arquitectura que en dicho imperio de Oriente fué originado por la introducción en el estilo latino, de nuevos elementos procedentes de Asia, y principalmente la aplicación de la cúpula esférica sobre planta cuadrada.

Si bien es cierto que el estilo bizantino no hizo florecer en la pureza y esplendor a que eran acreedoras las tradiciones griegas, en cambio impidió que los procedimientos del clasicismo siguieran dominando, y mantuvo el equilibrio entre las corrientes estéticas orientales y occidentales. No alcanzó sin embargo la perfección de los persas, ni rivalizó con el supremo arte de los griegos. Como caracteres distintivos del arte bizantino pueden anotarse: la antigüedad de los elementos de que se compone, la influencia y predominio del genio griego y la adaptación de principios orientales.

Fué un arte el bizantino, que alcanzó con su influencia a casi todas las naciones europeas. Aquí mismo en España tenemos interesantes ejemplares de este estilo, en las Catedrales de Salamanca y Zamora, así como en la Colegiata de Toro y la de San Vicente de Avila.

Se distinguen las obras pictóricas de este período, por cierta pretenciosa dignidad en el aspecto de los personajes y la estudiada solemnidad que caracteriza sus aptitudes. Cierto es, que la persecución iconoclasta de aquella época, redujo a mero ornamentalismo este sublime arte, limitando solamente su empleo a la confección de códices y manuscritos; pero no obstante, en las tendencias de los artistas de fines de la dinastía macedónica, se dibuja ya cierta predilección por el alargado en las proporciones de las figuras, lo que le presta a sus obras cierta rigidez extrema y a la composición algo de monotonía fatigosa. En cambio substituye con notable ventaja a la pintura el arte del mosaico. Elocuente demostración de este aserto, y que a la vez evidencia el sentimiento exacto del ideal de la ornamentación que tenían los artistas bizantinos, son los soberbios ejemplares de que está totalmente decorado el grandioso templo de Santa Sofía en Constantinopla y su contemporánea la iglesia de San Vidal de Rávena, capital entonces de la Italia bizantina.

Poco interesante en verdad ofrece en este período la escultura. Mezcla de elementos del arte greco-romano, se distingue solamente por la expresión solemne de sus estátuas y el plegado convencional de los paños que las adornan. El canon de proporciones se exageró con exceso, prolongándolo desmesuradamente, para buscar con artificio la esbeltez.

Tales son las características de un estilo creado por los artistas de Oriente y Grecia, que conserva todas las reminiscencias de los estilos orientales, dentro de la línea concreta y severa de los estilos latinos.

* * *

Al dejar con el estilo bizantino lo que se ha llamado civilización latina, para introducirnos con esta visión histórica en el importantísimo período que comprende la Edad Media, corresponde el primer puesto, a las líneas principales del carácter que nos ofrece la civilización románica.

Invadidos por la raza germánica las comarcas orientales, donde el esplendor y magnificencia de la civilización romana tenía toda su maravillosa exuberancia, los primeros movimientos de los invasores fueron de asombro, ante el florecimiento artístico del Imperio romano; pero pronto aquella bárbara irrupción que procedía del lado opuesto del Rhin, y que careciendo del contacto con las comarcas meridionales vivía en un lamentable atraso social, se dió cuenta de su inferioridad, y sintiendo la benéfica influencia de aquella civilización y cultura que ellos admiraban, la aceptaron sin dudas ni vacilaciones, dando lugar con esta asimilación al nacimiento del arte románico.

Nos ofrece este nuevo período en sus comienzos, algo de carencia de uniformidad en su orientación, que priva a la investigación de la exposición concreta de las principales líneas de su carácter, debido sin duda a la falta de esa relativa independencia que caracterizaba la cultura de las épocas anteriores, en las que se desarrollaban libremente sus artes hasta fundirse todas en la unidad romana; pero más tarde, bajo los progresivos auspicios del Cristianismo, al ir abandonando los restos de la antigua cultura y reemplazando las formas del arte pagano por un estilo eminentemente místico y poético, surgió con caracteres inconfundibles, lo que en el mundo del Arte se llama estilo románico.

En este maravilloso período histórico fué, donde después de la modi-

ficación de la planta en las construcciones arquitectónicas, con la adición de los brazos transversales en forma de cruz, se empleó la bóveda llamada por arista. Afirman autorizadas referencias, que ya los romanos habían conocido esta clase de bóvedas; pero es indudable que los arquitectos románicos, y en ello consiste su notable originalidad, fueron quienes desarrollaron su uso, adicionando exteriormente, a fin de conceder mayor resistencia en los puntos en que el empuje ejercía con más intensidad la presión, los contrafuertes, que adosados a los muros, se observan en las construcciones de este época.

En Francia, donde el arte románico tuvo su verdadero emporio, surgieron dos tendencias de escuela, ambas perfectamente definidas; la provenzal de procedimientos severos, que permanece fiel a las tradiciones galo-romanas; y la borgoñesa, escuela audaz y elegante, que acusa riqueza en sus detalles y se distingue por su marcada tendencia a librarse de las tradiciones.

Entre los diversos tipos de basílica que este arte produjo en España, merece especial mención nuestra hermosa Catedral compostelana. Es un grandioso monumento de imponderable valor arqueológico, en el que si bien su exterior no logró librarse de las mudanzas, que por ley de la época dejaron en sus elementos constitutivos huellas con notas de variado arte, en cambio su interior conserva intacta la disposición de sus planos primitivos. Aquellas acertadas y felices proporciones y sus nobles y robustas líneas arquitectónicas, subordinadas a una feliz relación, conceden al magnífico conjunto una grandiosidad que subyuga, donde la línea vertical, espiritualizando el conglomerado granítico de sus sillares, lanza el alma a extraterrenas fantasías.

La imponente impresión de solemne austeridad que este soberbio templo produce, contrasta con la riqueza decorativa de su portada de poniente, conocida vulgarmente por el *Pórtico de la Gloria*, conceptuada como una de las reliquias más preciadas y mejores obras clásicas, de gran riqueza escultórica en la arquitectura románica.

Es en efecto, una obra grandiosa e imponente que impresiona y subyuga el ánimo, donde un portentoso genio ha derramado pródigamente en su composición, toda su sabiduría de teólogo y su prodigiosa maestría de genial artista.

Examinando aquella página sublime del Arte cristiano; contemplando aquella amplia fila de capiteles, sobre los que voltean las archivoltas cuajadas de notables figuras de expresivos rostros e ingenua mezcla del

naturalismo y hieratismo, el espíritu observador, dominado por aquella oleada de riqueza decorativa y exaltado espiritualismo, siente el alma transportada a aquellos siglos de fe, que levantaban monumentos como nuestra Basílica compostelana, y en los que el apogeo de un Arte producía creaciones, en las que flota un mundo de simbolismo.

Yo que admiré un día con creciente arrobamiento la esplendidez de la Catedral de Colonia, con sus inmensas pirámides; que me sentí subyugado contemplando la prodigiosa cúpula de San Pedro, en Roma, y bajo las sagradas bóvedas de Notre Dame, Milán, Amiens y Strasbourg, sentí la intraducible sugestión de lo inefable ante tanta grandiosidad, os confieso con el alma enagenada de legítimo orgullo, que ninguna de ellas hizo vibrar en mi espíritu tan intenso y grato sentimiento de admiración, tantas ideas cristianas y tan profundo éxtasis como las recogidas por mi alma al contemplar ese alarde de un genio esclarecido, perpetuado en aquellos instrumentos polifónicos, que parecen entonar con la armonía divina, un canto glorioso a los trovadores de la fe, y cuyo recuerdo, como inyección espiritual, hizo vibrar un día con celestial encanto, la prodigiosa musa de nuestra inolvidable ROSALÍA.

Perdonad, Señores Académicos, que recordando tantas grandezas de pretéritas civilizaciones, me aparte de la brevedad que debe inspirar este trabajo, y abusando de vuestra benévola atención, consagre este ligero comentario a ese hermoso monumento románico; pero un sugestivo aliento evocador parece germinar en mi facultad anímica, ante el amplio y espléndido cuadro que a la monumentalidad española ofrece nuestra Basílica compostelana, con sus radiantes notas de intenso valor artístico.

Y es que el espíritu creador y portentoso del maestro Mateo, parece flotar en aquel sagrado ambiente de sus maravillosos claustros y geniales portadas; donde lo sublime de sus concepciones nos produce una grata sensación espiritual de admiración inefable; donde la arquitectura románica, con su severidad y con su extraordinaria magnitud, triunfa sobre las notas desconcertantes de sus altares churriguerescos.

Al contemplar aquellas páginas de piedra, donde una civilización pujante nos ha legado su intuición artística; ante el silencio majestático de sus soberbias bóvedas, cuya robustez nos parece ha de ser eterna; en medio de aquella solemnidad maravillosa de sus amplias naves, que evidencian el poderío de lejanas épocas, cree el observador escuchar, en

el recogimiento que embarga el espíritu, subyugado por las volutas azulinas del incienso quemado y bajo aquella luz cernida que a través de sus ventanales inunda misteriosamente el sagrado recinto, la voz del genio creador del inmortal maestro.

Consagremos, pues, en estas breves notas cronológicas, al ocuparnos de esa notable reliquia de un pasado de grandeza artística, el testimonio admirativo a que es acreedor el genio inmortal, creador de esta gloria del Arte cristiano.

Bellos ejemplares también de este período arquitectónico, si bien despiadadamente tratados con lamentables modificaciones que alteran su primitivo aspecto, son nuestra Colegiata de Santa María del Campo y la parroquial de Santiago.

Galicia está materialmente sembrada de manifestaciones románicas, cristalizadas en infinidad de venerados santuarios, distinguiéndose muchos por su carácter artístico. Es en realidad un hermoso caudal, desconocido para la mayoría una gran parte de sus componentes, o poco conocidos y apreciados otros.

Y es que generalmente, no se repara en esas pequeñas y modestas basílicas, de venerada antigüedad e historia, sin duda porque su propia modestia las hace pasar desapercibidas, y sin embargo, hablan con su mudo lenguaje a nuestros espíritus de un arte glorioso y antiguo, que aún cuando se nos presenta ante la visión en otros lugares, con demostraciones de espléndida lozanía y riqueza, tuvo su iniciación en estos balbuceos, como ensayos modestos, antes de cristalizar en esas monumentales Catedrales, que como la de Compostela, son admiración de los ojos y del espíritu.

Fué una arquitectura la románica, que no solamente adquirió notable desarrollo en Francia, España e Italia, sino que se prodigó en todas partes del mundo cristiano, imperando desde la desaparición del bizantino, en el siglo XI, hasta el XII que desapareció, para dejar paso al arte ojival.

Monopolizados los asuntos de este período artístico por la pintura y los mosaístas, la escultura en un principio fué verdaderamente un arte secundario, no aventurándose apenas los artistas en grandes concepciones e ideales; pero estimulados más tarde por el amplio campo a su actividad, que los arquitectos le ofrecieron con la decoración de los templos, tuvo un notable desarrollo, con gran instinto de las leyes de la ornamentación. Ejemplo elocuente de esta manifestación, nos la ofrece el citado

Pórtico de la Gloria de nuestra Basílica compostelana, cuyas estátuas, como dejamos dicho, son notables ejemplares de la escultura románica.

Fué, en resumen, un notable período de fastuosidad, prodigado en bellezas ornamentales, que ofrecieron todas las manifestaciones del culto y la nobleza.

* * *

Tócanos en estos breves comentarios de pasadas civilizaciones, después de habernos ocupado del arte Románico, hacerlo ahora del llamado Ojival, Gótico o Germano, cuyo arte, el más airoso, esbelto y completa expresión del Cristianismo, procede de aquel estilo y comprende un período de extensión, desde fines del siglo XII hasta el XV y parte del XVI.

Puede decirse que el brillante género de arquitectura que corresponde a este período histórico, representa en el Arte la última evolución espontánea de la arquitectura llamada cristiana. Su marcado carácter se distingue, sobre todo, en el predominio de sus líneas verticales sobre las horizontales; por la valentía de sus formas prolongadas, sin precedentes hasta entonces; por su marcadísima tendencia a sorprender el espíritu de la época con atrevidas concepciones, que aún en la actualidad contemplamos con extraordinaria admiración.

Es indudable que la manifestación más interesante de la arquitectura cristiana es la Catedral. La fachada principal, sencilla y sobria en ornamentación que era la característica en las anteriores épocas — si bien rica en la románica — ofrece en el estilo que nos ocupa un espléndido desarrollo y una decoración verdaderamente exuberante. La iglesia románica era generalmente pesada y baja; la iglesia gótica por el contrario, merced a la disposición de las bóvedas tan sabiamente dispuestas, se eleva audaz y altiva por el espacio, y la luz entra a raudales por sus vidrieras, calados ventanales y altos rosetones, debido a la acertada combinación de esfuerzos, que reciben el empuje de las bóvedas centrales.

Como escogidas fuentes de inspiración y admirables ejemplares típicos de la arquitectura ojival en España, pueden citarse infinidad de Catedrales, que como la de Burgos, León, Sevilla, Toledo y Barcelona, preconizan el grado de extraordinaria magnificencia alcanzado por este período arquitectónico; pero la Arquitectura de este estilo, no se manifiesta exclusivamente en los edificios religiosos. Al lado de la arqui-

tectura religiosa y militar, se desarrolla también la civil, siendo verdaderos originales del estilo gótico y patente justificación de este aserto, esas Casas Consistoriales de la Edad Media, que antes de la cruel contienda europea, atraían nuestra admiración en Bruselas y Lovaina.

El arte gótico, considerado en su conjunto — si bien en España floreció un siglo más tarde — ofrece en el siglo XIII y XIV el apogeo de su próspero desarrollo en Francia, Italia e Inglaterra. En este período histórico puede decirse que se encuentra la perfección armónica, de estar unidas la fuerza y la elegancia, con la sencillez y la pericia técnica.

A partir de esta época, si bien el arte gótico produce obras dignas de estudio que encantan por su belleza, la arquitectura muestra tendencia a cautivar al espectador por la ligereza y lujo de las construcciones, sin prestar toda la atención que merecen las leyes de la proporción, ni a los estudios relacionados con la ornamentación y construcción. Es un arte digámoslo así, que precisa recurrir a los artificios, transformándose de bello que era, en bonito que en este caso resulta.

La escultura, durante los tres períodos en que está desglosado el predominio de este arte, puede decirse que florece con esplendor, apartándose de todo convencionalismo. A las tradiciones amaneradas, reemplaza la observación fiel de la Naturaleza, y los asuntos se enriquecen con elementos nuevos, convirtiéndose las portadas de las construcciones en verdaderos museos de imágenes, inspiradas en la fe, las artes, el trabajo, la ciencia, etc., enlazado todo con la idea religiosa.

Sin abandonar la tosquedad característica de la Edad Media, nos ofrece la estatuaria desde el siglo XII, movimiento y plasticidad, perdiendo la rigidez y sequedad que hasta entonces la distinguían.

Si bien la pintura en el siglo XII es rara, pues apenas si puede citarse una obra que sea reflejo de esta época y se nota en la ejecución de lo poco que de ella queda, la influencia de la tradición bizantina; en cambio en el siglo XIII ya se observa la lucha de la pintura realista frente al bizantinismo, logrando los artistas de este período una gran originalidad en sus composiciones.

En España, Francia y Alemania, donde el ciclo de los pintores famosos encierra notables maestros de acabado estilo, difiere el movimiento artístico del que se desarrolla en Italia, donde el pintor Giotto fija con definidos jalones su orientación. El movimiento de las tres citadas naciones es menos orientalista, y la paciencia y la observación

se sobreponen a la inspiración, produciendo esta corriente artística un arte minucioso y detallista.

Aún cuando los estrechos límites de este trabajo no nos permite extendernos en la cita de los geniales maestros de este estilo, que en unión de Juan Van Eyck y Van Der Goes, fueron figuras notables que contribuyeron al esplendor de este maravilloso período, no podemos eludir el deseo de enumerar, siquiera sea de paso, al famoso Leonardo de Vinci, cuyo celebrado cuadro *La Virgen sobre las rodillas de Santa Ana*, figura entre las reliquias de inmenso valor que atesora el Museo del Louvre, en París.

Sin que pueda decirse que esta gloriosa época desdeñase los efectos de la pintura mural, en realidad esta especialidad artística parece ocupar lugar secundario en el desarrollo de este período. Débese sin duda esta paralización, a que los muros de sus construcciones, completamente calados de huecos y ventanales, apenas permitían la extensión de esta rama del arte decorativo.

En resumen: el arte ojival en todas sus manifestaciones, habrá de considerarse siempre como un símbolo, que iluminó con sus graciosas y originales creaciones, las tenebrosidades del mundo feudal.

* * *

Quizá os sorprenda, al llegar aquí con estas investigaciones históricas, que en ellas prescinda de la influencia que la arquitectura árabe ha ejercido en el suelo hispano. Fué, en efecto, importantísima desde el punto de vista de su aspecto decorativo y fantástico; pero la índole de este trabajo nos obliga a renunciar en su tarea, a la cita de los caracteres que corresponden a los estilos orientales, para poder hacerlo con más extensión, de uno de los acontecimientos más notables que la historia de las artes presenta a la consideración de los pueblos.

Nos referimos al estilo renacimiento, al cual dió vida el deseo de hacer resurgir la cultura artística clásica. Fué esta una renovación de proceso harto conocido, que sin acudir a la imitación servil de las formas greco-romanas, se inspiró en ellas, rejuveneciendo sus modelos y creaciones. En una palabra: fué una evolución artística, que alcanzó manifestaciones del arte tan grandiosas, que hizo olvidar en muy poco tiempo las bellezas del estilo que le había precedido, cuyo dominio

había logrado establecerse sin rivalidad alguna, durante trescientos años.

Al circular o transmitirse esta naciente escuela, de un estado a otro, sufre modificaciones y origina otras escuelas típicas, que producen obras de diversas orientaciones.

Las artes españolas reciben con estas modificaciones parciales, una nueva modalidad, que se interpreta en nuestro país noblemente. Al desprenderse los artistas españoles del conglomerado de detalles de épocas anteriores, las producciones de este período se hacen sobrias y adquieren aspecto de grandiosidad y majestad extraordinarias en todas sus manifestaciones, engendrando con este movimiento, en una de sus fases o tendencias, el estilo genuinamente español que se llamó *plateresco*.

Decimos en una de sus fases, porque la arquitectura del Renacimiento español nos ofrece tres aspectos o modalidades distintas. El primero sencillo, de carácter italiano; otro llamado plateresco, de importancia y belleza manifiestas; y el tercero de aspecto monumental, severo hasta la aridez, desnudo al exterior de ornatos, sin otra decoración que la de las líneas de los órdenes antiguos, con la perspectiva escenográfica de sus naves, claustros galerías y escalinatas.

Sería tarea interminable detallar los hermosos monumentos, que los artistas españoles de la época del Renacimiento legaron a la posteridad. El regio Alcázar de Toledo, que no obstante las restauraciones experimentadas en diversas épocas, conserva afortunadamente su importancia monumental, sin haber perdido la pureza de sus líneas constructivas, es una de las muchas reliquias, que en unión del Hospital de Santa Cruz en la misma población, y la célebre fachada de la Universidad de Alcalá, pregonan en forma elocuente la importancia del arte constructivo y ornamental de nuestra nación.

Como ejemplares de grandiosidad monumental del tercer período, puede citarse el Palacio Real de Madrid y la gigantesca mole de granito del célebre Monasterio de San Lorenzo del Escorial, que simboliza, a la vez que el caracter severo que caracterizaba al tercer período, la entereza y genio melancólico de un Monarca, para quien estaban destinadas aquellas frias bóvedas, en vida y muerte.

Prolija labor, que cae fuera de los razonables límites de esta disertación, sería enumerar, aún cuando fuera muy someramente, la legión artística, cuyas grandes figuras en el arte pictórico integran el ciclo del Renacimiento español. Perdonad pues, si al hacer algunas citas, incu-

rro en lamentables omisiones, debidas sin duda al deseo de no fatigar excesivamente vuestra benévola atención.

Si bien en el primer período de esta maravillosa escuela, se advierte en las concepciones pictóricas los rasgos característicos procedentes de estilos anteriores, también es cierto, que hacia la mitad del siglo XVI la pintura pierde su arcaismo, para entrar en un nuevo ambiente más elevado y espiritual.

La pintura española en esta época, continúa siendo fundamentalmente religiosa; pero carece del tratamiento fantástico de épocas anteriores, y en su concepción tampoco preside la marcada tendencia espiritual de aquellas civilizaciones.

Una prueba del realismo que lleva a los artistas de esta época a la inspiración y ejecución de sus obras, es el admirable y conocido lienzo de Velázquez, titulado «La Coronación de la Virgen».

Asombra la soberana grandeza de aquella maravillosa legión de artistas, que con sus colosales concepciones impuso a la edad moderna su prodigioso empuje y su realeza majestuosa. Es una fortuna histórica de preclaro abolengo, que como espléndido legado, el actual siglo admira y cultiva con verdadero deleite.

Brillaron con su genial talento y descuellan entre las figuras del Renacimiento, en aquella época en que el arte español alcanzó justa fama mundial, Juan de Juanes, jefe de una escuela en que la nobleza de los caracteres y la corrección del dibujo, eran los distintivos principales de su estilo; Murillo, que llena con su gloria los albores del siglo XVII y nos ofrece entre torrentes de admiración, sus notables producciones inspiradas en un misticismo amoroso y tierno dentro de la realidad; Zurbarán, el pintor devoto de la verdad en el arte, que sintiendo la pasión real y la aspiración al ideal religioso, proporcionó a sus cuadros una expresión profundamente espiritualista; El Greco, que representa en la Escuela española, una transición importante, y en cuyas obras se admira todo el vigor, toda la luz y brillantez del colorido de la fascinadora escuela veneciana; Alonso Cano, ilustre maestro de pintura religiosa, y el divino Goya, que encerraba en su alma el espíritu artístico de los siglos XVIII y XIX. ¿Para qué continuar citando las grandes figuras de aquel ciclo grandioso, si la tarea sería interminable? El Museo nacional del Prado, así como los extranjeros de Nápoles y el Louvre de París, e infinidad de templos y monasterios, atestiguan la veracidad de tal aserto.

También la escultura decorativa floreció de una manera extraordinaria en la época del Renacimiento español. Muchos también han sido los artistas que con geniales producciones figuran en esta memorable época. Entre los imagineros que descuellan con característicos relieves, figura el genial Montañés, discípulo de Pablo Rojas, Salcillo y Alcaraz, gran observador y amante de la Naturaleza.

Berruguete, con Bergoña y Maese Rodríguez, fueron los autores del soberbio coro de la Catedral de Toledo, que contemplaron con asombro las generaciones que le sucedieron, y cuya riqueza y gallardia hoy admiran todos cuantos visitan aquel relicario de nuestras glorias artísticas, en la que se observa con extraordinario relieve, la obra de Berruguete, por lo genial, intensa y de una admirable perfección.

Como sucede siempre que afanosa la imaginación de novedad, busca combinaciones y acentúa marcada tendencia a una orientación extrema, sucedió en este glorioso período el fenómeno artístico, que tiene también precedentes en los diversos estilos ya reseñados, con especialidad en el Romano y Ojival.

La característica sobriedad que en sus postrimerías alcanzó el Renacimiento, dió lugar como definitiva palabra, a esa rigidez y sequedad que ofrece con peculiar distintivo la Arquitectura de este último período. Esto originó, de una manera tal vez más dominante que las registradas en las épocas citadas, a una nueva modalidad, que recibió el nombre de *barrominesca* en Italia, *rococó* en Francia y *churrigueresca* en España. Fué un estilo, que si bien fundamentado en el greco-romano, ha dado lugar a todo género de exageraciones y a los más extravagantes delirios mentales, tal vez producidos por el hastío de la acompasada y monótona estrechez en que se quiso colocar el arte del Renacimiento en su último período.

Tal es la sintética ojeada histórica, de ese admirable concierto que sucesivamente nos ofrecen en sus formas y orientaciones las pasadas civilizaciones, que representan la plastificación del espíritu de cada época y señalan el grado artístico de los pueblos, sus propiedades y sus progresos.

A grandes rasgos y torpemente trazados, he ahí el reflejo de las impresiones sugeridas en el espíritu por el carácter simbólico de la raza egipcia, que en la época faraónica alcanzó el más alto grado de civilización; el del arte medioeval, que rebuscó la inspiración en el sentimiento religioso; los testimonios elocuentes que ofrece la modalidad bizantina,

con sus aspiraciones a lo decorativo y teatral; la delicadeza y grandiosidad que nos presenta con su bella visión, el arte gótico, lleno de gallardía y ondulante apariencia en sus perfiles; las ráfagas maravillosas del Renacimiento, que encierra un balance de valores universales, y en el que la arquitectura reflectora siempre del estado social, plasmó el ambiente nacional con soberbias edificaciones, sirviendo de majestuosa portada al arte moderno, lleno de audacia, soltura y apostasia.

No permaneció Galicia en verdad, alejada de aquel movimiento artístico, reflejado en aquellos días en que oreaba nuestra atmósfera nacional un aire de grandeza, y en los que el sol derramaba sus luminosos resplandores sobre los dominios españoles sin aurora ni ocaso. Pródiga es Galicia en destellos elocuentes de este aserto y demostraciones de pasados esplendores artísticos. Ella ofrendó al arte con testimonios elocuentes del genio, bellísimas concepciones que aún hoy nos hablan de sus pasadas grandezas, perpetuadas en sus soberbias basílicas, fastuosos monasterios y señoriales pazos.

La insuperable dificultad de encuadrar en el reducido marco de esta breve disertación, el amplio y bello trazado que nos ofrecen los tesoros arqueológicos que encierra nuestra propia casa solariega, nos priva también de su detallada enumeración; pero ahí teneis encasilladas en la ordenada lista que constituye la hermosa serie de basílicas españolas, las Catedrales de Tuy, Mondoñedo y Lugo, verdaderos santuarios del arte y de la adoración, que guardan cuidadosamente como bellísimos relicarios, el recuerdo de nuestras glorias regionales.

Ellas, con su mudo lenguaje y el mágico poder de la sugestión, nos van explicando muchísimo del genio que las creó y la intuición artística de pasadas civilizaciones. Ellas, como la hermosa basílica compostelana, aparecen ante nuestra visión con vértigo de impresión artística y nos hablan con persuasiva elocuencia de la importancia que en la vida de la sociedad española ha tenido la Iglesia, cuyos templos no eran solamente lugares de meditación para el alma creyente, sino que desempeñaban a la vez una elevada función, siendo centro de la vida social y del gobierno municipal.

Ahí teneis en ese policromo trozo de belleza gallega y guardados entre las mansedumbres de los ríos y las poéticas florestas brigantinas, los antiguos templos de Santiago, Santa María del Azogue y San Francisco de Betanzos, pregonando su pasado poderío como un con-

junto de notas evocadoras ante el espíritu, del ambiente histórico, social y estético de pasadas generaciones.

Ante estas reliquias arquitectónicas de los siglos XIV y XV, alguna de ellas con reminiscencias ornamentales del período románico, no es posible evadirse al recuerdo que inspiran estas hermosas páginas de nuestra arqueología regional, y que no obstante las injurias de la incuria y la ignorancia, contienen detalles interesantísimos de gran valor artístico.

El hermoso templo monacal de *Franciscanos Observantes*, donde la ornamentación románica alterna con la propia del período gótico, cobija entre otras interesantes urnas funerarias, el hermoso monumento sepulcral, que guarda los restos del héroe gallego, cuyas mercedes perduran a través de los siglos, y cuyas labradas paredes evocan inmensa visión histórica de gloriosas jornadas y la imagen triunfadora de grandes guerreros.

Es un edificio de indiscutible importancia histórica, que tiene la dolorosa tristeza y grave amargura de todas las ruinas, de cuyo monasterio o convento ya nada queda en pie. Ni aún las arcadas de sus cláustros, dignas en verdad de mejor suerte.

Y si abandonando mentalmente los artificios de la ciudad, donde tiene su asiento el ajetreo prosáico de la vida moderna, limpia de toda idealidad y preñada de mezquinos egoismos, abrimos desde los rincones de nuestra alma un ancho boquete a la Naturaleza, que nos permita peregrinar sobre las carcovas perfumadas de nuestros valles y montañas, experimentaremos indudablemente una impresión de historia y de arte, contemplando los ruinosos vestigios de esa serie de fastuosos monasterios de que está sembrada Galicia, y que nos hablan con lenguaje intraducible, pero persuasivo, de sus pasadas grandezas.

Vereis en un delicioso y estratégico repliegue que ofrecen las laderas de aquellas divisorias, lo que un día se llamó Monasterio de Monfero. Es un conjunto de ruinosos cláustros, entristecidos por el abandono, que aún parecen guardar en sus bóvedas por arista el eco del lento caminar, sobre sus pavimentos hoy solitarios, de aquellos monjes que las habrán cruzado en épocas lejanas. Doquier se ven allí arcadas heridas de muerte por el abandono, claves y dovelas fuera de su asiento primitivo, fustes descabezados inclementemente y capiteles esparcidos sobre la hierba u ocultos tras las verdes bambalinas de la hiedra. La inexorable acción del tiempo, ha destruido en gran parte la primitiva

construcción; pero ese mismo aspecto ruinoso y abatido, le presta un poético encanto, lleno de místicas evocaciones.

Son aquellos restos la curiosa visión de un pasado histórico, verdadera condensación de un período de riquezas artísticas, donde cada época fué dejando grabada la huella de su grandeza o el sello de su ignorancia o abandono; junto a lo artístico, vemos dolorosamente impresionados lo deforme; solo la ruina y la melancolía coinciden con armonía absoluta...

Ahí teneis cercano a nosotros el famoso y olvidado *Monasterio de Sobrado de los Monjes*, cuyas ruinosas paredes pregonan la grandeza y poderío de aquella casa monacal, de una atractiva soledad.

En aquel gigantesco hemiciclo de elevadas montañas, cuyas laderas alfombradas con aterciopelada vegetación forma un panorama de un atractivo inexplicable y un conjunto encantador, se esconden, pregonando sus pretéritas grandezas, las ruinas de lo que un día fué seductor retiro y mansión de artísticas reliquias.

La Naturaleza, más cariñosa que el hombre, quiso encubrir la incultura humana tendiendo una aromática y florida vegetación sobre las solitarias ruinas, para poetizar su amargura.

Ante estos relicarios de arte, de los que tan pródiga es Galicia, vibra en el alma la intensa emoción de la grandeza pasada y siéntese con toda plenitud la evocación, que nos habla de gloriosas hazañas, de hegemonía intelectual y de aquel poderío inmenso de los días esplendorosos de la Edad Media.

Todas aquellas riquezas artísticas, acumuladas con perseverante afán; toda aquella opulencia y poderío reunida por los que comenzaron siendo humildes anacoretas, se deshizo como el humo, bajo la despiadada acción de los agentes atmosféricos y el cruel egoismo, en repugnante consorcio con la incultura y el abandono. Afiligranados capiteles, mensulas y cornisas fuera de su primitivo asiento, acrecientan el interés indiscutible de esta joya arqueológica, que presenta a los ávidos ojos del viajero una interminable serie de perspectivas, todas ellas deliciosas y llenas de poesía. Solo quedan para recuerdo de tales grandezas, los restos de aquellos soberbios cláustros, cuyas arcadas y bóvedas lograron desafiar a través del tiempo la acción de la piqueta desbastadora.

Solo el hermoso lago sigue derivando sus aguas por la antigua acequia, cantando con su murmullo un himno a las poéticas ruinas de lo que

un día fué seductor retiro y descanso para el alma creyente y fatigada.

Y si apartamos cuidadosamente de la conglobación que forman las edades, la maleza que en su carrera van amontonando los siglos, para escudriñar como el famoso personaje inglés Tomás de Arundel, los mármoles que guardan en eterno relieve nuestros más preciados floro-nes, hallaremos en este hermoso suelo que coronaron de flores sus famosas mujeres, legándonos como honrosa herencia nombres tan escla-recidos en nuestra historia regional, como los de Inés de Castro, Rosa-lía, Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán, una inacabable relación de figuras ilustres, que en armónico consorcio de artes, ciencias y armas, tejieron guirnaldas de glorias, que ofrendaron con amoroso afán a esta amada Galicia.

Recogiendo las hojas caídas del árbol del pasado, hallaremos vincu-lados entre sus elegidos, el numen que cinceló el escudo de Annibal y que siglos más tarde estaba destinado a redimir el genio ibero, con las inspiraciones de aquel restaurador que se llamó Felipe de Castro, de cuyo genial talento posee imborrables recuerdos el Palacio Real de Madrid.

He ahí también con un nombre perpetuado entre los famosos escul-tores del siglo XVI, a Gregorio Hernández, modelo sublime de artis-tas, que hizo patente con sus geniales obras, los más altos principios que proclamaron Platón en Grecia, Cicerón en Roma y Rafael en la moderna Italia.

Y continuando mentalmente recopilando datos pretéritos, para reme-morar hijos ilustres de esta bendita tierra, hallaremos formando legión con José Ferreiro — que supo heredar los ideales de Hernández, con-cediéndoles forma propia y forma bella — los nombres gloriosos de Casas Novoa, Domingo de Andrade, Lois Monteagudo, y tantos otros que brillaron con destellos inmarcesibles en el mundo del Arte.

Voy a terminar. Mas habreis de permitirme lo haga elevando votos fervorosos ante el altar de mi fé, por el enaltecimiento de nuestro arte regional. Yo que en el secreto sagrario de mis amores internos, en esa capilla de las reliquias que todos llevamos dentro, considero al artista como un hombre de alma superior, en cuya esencia espiritual nace espontáneamente como germinación prodigiosa ese don celestial llamado genio, deseo para nuestros artistas días de inmarcesible gloria, porque los artistas son los que hacen grandes a los pueblos y perdura-ble su memoria en sucesivas generaciones; pero para ello se precisan

medios adecuados de sana propaganda. Hay necesidad de Museos y de Exposiciones frecuentes, porque los Museos no solo son evocaciones de edades pasadas, sino también propagadores de principios filosóficos, de reformas sociales, de aspiraciones estéticas, y tan educativos en una palabra como los llamados centros de enseñanza.

Por medio del arte, torrente impetuoso nacido en el alma del artista, sin otro cauce que el de la belleza, se infiltran en el pensar y en el sentir colectivo, el progreso que se deriva de la conquista del pensamiento.

El Museo, lo mismo que la Exposición y el Teatro, cuando está bien orientado y dirigido por persona inteligente, son poderosos auxiliares del estudio de la Historia. Ellos resucitan ante las multitudes la vida pasada y ofrecen una acabada visión, que no lograría dar una página de la Historia o el libro de Arquitectura. Son, digámoslo así, los destellos brillantes a través del tiempo, de las emociones y las idealidades de las vidas pretéritas.

El arte engendrado por el ideal, es un gran sembrador de ideas; pero hay que tener en cuenta que *técnica* no es *belleza*. Lo bien *hecho*, que manifiesta *igualdad* en la materia, no puede nunca excitar los pensamientos. Si confundir pudiérase la técnica con la belleza, los grandes artífices de la matemática serían los compositores más sublimes de la belleza plástica, ya que en estos sobrios maestros de la línea, los procedimientos están a cubierto del error, aún cuando sea relativo.

La *ciencia* podrá ser en buen hora previlegio exclusivo de una *élite* que disciplina su inteligencia hacia el fin de la verdad; mas el arte nace del pueblo y para el pueblo, es el carácter digámoslo así de la *masa*, y solo ella será su supremo y soberano juez.

He terminado.

Contestación al discurso del Sr. Ponte y Blanco

D. MANUEL AMOR MEILAN

Académico encargado de contestar al recipiendario

Las Iglesias Románicas de Galicia,

símbolo de la Fe Regional

Señores Académicos:

Con plenitud de justicia abrís hoy, de par en par, las puertas de vuestra casa solariega a un gallego preclaro por sus talentos, insigne por su abnegación, benemérito por su patriotismo. De Don Francisco Ponte y Blanco, cuyo discurso de entrada en esta Real Academia vibra aún en vuestros oídos, nada he de decir que vosotros no sepais, ya que tuvísteis en cuenta sus méritos indiscutibles para traerle a vuestro lado. Como escritor abarcó los más varios aspectos, desde el sociológico en sus estudios acerca de *La crísis agraria* y de *La educación social*, hasta el pedagógico en su trabajo sobre *Cultura y puericultura;* desde el solazoso de su excursión *De La Coruña a París*, y de su viaje *A través de España*, hasta el utilitario de su *Tratado práctico de Estereotomía*, siempre de innegable actualidad y de evidente provecho en esta tierra de los ignorados y clásicos *pedreyros* que labraron la mayor parte de nuestros históricos y arcáicos monumentos. Y, por si esto fuera poco, acabais de escucharle como historiador y crítico de Arte, poseedor de una admirable claridad de juicio y dueño de un absoluto dominio de las materias que atañen a las nuestras y a las ajenas arqueologías.

Pero, además de los merecimientos del literato, concurren con éstos, en el caso presente, a la exaltación del nuevo Académico, sus bien ganados prestigios de gallego esclarecido. Y una comunidad como la

nuestra, que de tal modo tiende a sublimar el amor a Galicia, que señala como condición principalísima, para conseguir la merced de Académico de honor, el haber prestado valiosos servicios al país y que establece como razón bastante, para merecer el título de Adjunto, el distinguirse por el amor a esta tierra, no podía dejar sin la merecida recompensa, bajo este aspecto, al patricio ilustre cuyo nombre figura, por derecho propio, en primera fila en tantas y tan diferentes empresas y colectividades, en las cuales dejó, como estela luminosa de su paso, el recuerdo de una actividad sin límites, la bien ganada fama de un altruismo inagotable y la memoria de un acendrado patriotismo, a prueba de vigilias y amarguras.

Tal es el hombre que, por vuestra acertada elección, viene a ocupar la vacante que entre nosotros dejó aquel otro gallego eminentísimo, tan sabio maestro y tan múltiple también en sus talentos, que se llamó Don José Pérez Ballesteros. Dentro del vasto campo de la literatura, en muy distintas ramas espigó y con notable fruto en todas ellas el llorado Académico. En sus *Versos* gallegos originales campea un estro soberano, aromado por un lirismo de la más pura cepa regional; en sus versiones parafrásticas de la Sagrada Biblia, resplandece un depurado buen gusto; son sus pulcros epigramas verdaderos *Foguetes* que alegran y regocijan un instante; en la crítica literaria se nos muestra jugoso y hondo, como en sus *Apuntes cervantinos;* de su labor filológica, déjanos un copioso e inédito *Vocabulario* gallego que, seguramente, irá a nutrir con su rica savia las páginas de nuestro Diccionario; y aquel claro ingenio, que en los albores de su vida literaria, discurría con admirable lucidez y recto juicio acerca del Concilio Tridentino y el estado de la disciplina eclesiástica antes y después de su celebración, acabó siendo meritísimo folk-lorista que mientras recogía, compilaba, acrecía y ordenaba con prolijidad y paciencia benedictinas nuestro *Refranero* popular, que inédito quedó también, mostraba a la faz del mundo el magnífico tesoro de nuestra poesía popular, descubriéndonos en sus dos mil y pico de cantares, en tres volúmenes publicados, otros tantos joyeles de nuestra lírica aldeana, de tan purísimas facetas, de tan mágicas irisaciones, de tan subidos quilates en el oro nativo de su envoltura y en las gemas polícromas que constituyen su esencia y su alma, que son ellos regalo del profano y maravilla del artista. Y ya que la eterna partida haya de sernos fatalmente inevitable, ¡feliz, al menos, quien la emprende como él, en edad más que octogenaria, dejando en pos de si tres ge-

neraciones de discípulos que veneran su memoria y un nombre triplemente aureolado por los inefables resplandores del deber cumplido, las bondades derramadas y la gloria merecida!

* * *

Temerario empeño e inútil redundancia fuera el volver a tratar, bajo el aspecto técnico e histórico, del Arte y sus diversos estilos, después de haberlo hecho, con la concisión que las circunstancias le imponían y la autoridad que en él reconocemos todos, el nuevo Académico. Quiero hacer notar, en cambio, el mayor espacio que, con relación a los demás estilos arquitectónicos consagró al románico en el discurso que acabais de oir. Es verdad que una buena parte de aquél la dedicó a entonar un elocuente himno de fervorosa admiración a ese soberano poema de piedra en el que se funden, por maravilloso modo y con igual riqueza, las tres nobles artes, la de la construcción, la de la pintura y la del cincelado, y que es envidiada prez y legítimo orgullo de Galicia. Poema he llamado al insuperable Pórtico de la Gloria de la Basílica compostelana, siguiendo en ello una costumbre ya tradicional en cuantos en su descripción se han ocupado; pero, en realidad — y nunca en agravio del grandioso monumento, sino en reparación de un olvido tan injusto como inexplicable,— debiera decirse de él más bien que es el canto culminante de un poema inmenso, del cual son afiligranadas estrofas las numerosas iglesias y monasterios románicos que esmaltan las azulencas colinas y los amenos y húmedos valles de nuestra región bien amada; el motivo principal de una excelsa sinfonía, que vibra y palpita, ondula y serpentea, se esfuma y se diluye, aparece y reaparece, casi constantemente en ese innúmero plantel de conventos y oratorios; la cruz, el remate, el áureo broche de una corona gigantesca, en la cual aparecen engarzadas, a guisa de piedras preciosas, las humildes ermitas y las viejas señoriales abadías. Así considerado, nuestro famoso Pórtico de la Gloria, lejos de amenguar en importancia, aparécesenos más grande, más egregio, más radioso, a semejanza de un sol espléndido que vierte los torrentes de su luz sobre todo un sistema planetario del que es centro y esencia, corazón y vida.

Quien haya de estudiar, con el detenimiento que ella demanda, nuestra arquitectura religiosa medioeval, ha de afirmar desde luego, si ha de ser sincero, que ninguno de los varios estilos dejó por aquí tantas,

tan puras y tan preciadas joyas como el románico, ya que, por todas partes y a poco que en estas cosas paremos nuestra atención, se nos aparecen las gallardas archivoltas de los majestuosos pórticos abocinados, los ventanales angostos como saeteras, los ábsides en semicírculo o rectangulares pero típicos siempre, las impostas características e inconfundibles, los canecillos que sostienen los tejaroces, los fustes monolíticos coronados por los capiteles historiados o floridos; los óculos u ojos de buey que anuncian ya los rosetones góticos; los tímpanos alegóricos o representativos; las molduras u ornamentaciones de cabezas de clavo, puntas de sierra, billetes, etc., y todo ello con tal abundancia, con profusión tan grande, que justifica plenamente que el poeta-historiador de Cataluña, Víctor Balaguer, queriendo dar de Galicia una impresión tan gráfica como exacta, tan breve como a todos comprensible, la haya llamado la región de las iglesias románicas, los mares extensos y los cielos tachonados de albas nubes a guisa de flotantes vellones.

Región «de las iglesias románicas», sí; pues aunque el gótico tuvo también por acá su hora y su empleo, principalmente en los templos franciscanos y dominicos, no logró nunca desterrar a su antecesor, pero ni aún vencerle, pues con frecuencia digna de ser recordada, vemos como, aún en las obras en que se quiso que la ojiva predominara, se entremezclan y confunden y amalgaman, con los elementos del arte ojival, detalles y ornamentaciones propios y exclusivos del románico. Más aún; en las postrimerías ya del arte gótico, casi doscientos cincuenta años de la aparición de éste, constrúyese en un templo de aquel estilo, como lo es San Francisco de Lugo, un claustro perfectamente románico; claro es que influido por el gótico en algunos interesantes pormenores, pero románico al fin en su estructura general, siquiera le llamemos terciario, de transición o del último período, y del cual afirmó arqueólogo tan perito como Villa-Amil y Castro, haciéndole justicia, que no tiene semejante en España ni en el extranjero.

Sin duda fué este el verdadero arte sentido y realizado por nuestros inimitables *pedreyros* de la Edad Media; y digo por nuestros *pedreyros*, porque, hecha excepción de los gloriosos edificadores de las Catedrales de Lugo y Santiago, el maestro Raimundo y el maestro Mateo, padre e hijo según se cree, no son conocidos los nombres de los arquitectos que planearon nuestras iglesias y monasterios románicos. Y es tanto más de notar esta circunstancia, cuanto que apenas hay templo gótico, o de fecha posterior a este período, cuyo autor no conste por algún

indicio, inscripción o documento. Además, la construcción más que sencilla de muchas de nuestras humildes iglesias románicas, no autoriza a suponer que en su erección interviniesen verdaderos arquitectos, al menos tal y como a estos los comprendemos hoy. Era aquel un arte que se había adentrado en el alma de nuestros ignorados constructores, de nuestros canteros anónimos, algo que de tal modo se identificó con el espíritu de la raza, que no se concebía en Galicia un templo sin sus tímpanos y archivoltas, sin sus impostas y sus ventanales eminentemente románicos.

Acaso la misma fe cristiana, alimentada y sostenida por la misteriosa cripta del Apóstol, impulsó a nuestros artífices a mantener a todo trance el estilo románico en sus construcciones; pues forzoso es convenir que ningún otro arte, ni aún el gótico mismo, a pesar de sus alicatadas agujas que se levantan a los cielos, según la frase del poeta, a modo de oraciones petrificadas, encierra para el verdadero creyente tantos y tan augustos simbolismos. Porque símbolo es, en el arte románico, la orientación de los templos, su forma, su distribución, sus ábsides, sus capiteles, su ornamentación... todo, en una palabra y para decirlo de una vez.

No soy exclusivista en materias de Arte. Maravíllame el gótico, el plateresco me hace transigir con el renacimiento, y encuentro en el barroco, pese a sus encarnizados detractores, atractivos y bellezas; pero haced abstracción por un instante de todo espíritu religioso, y veréis con qué facilidad una Catedral gótica puede convertirse en regio alcázar sin menoscabo de sus formas esenciales; como un claustro plateresco puede trocarse en espléndido salón mundano; como un templo borromínesco puede convertirse en edificio público civil. Bajo las altas bóvedas de las Basílicas ojivales, no desentonaría el deslumbrador cortejo de un monarca de los siglos medios, el sonar de las fanfarrias, el ondular de las cimeras, el flamear de los vistosos gonfalones y el fulgor de las cotas aceradas; un cláustro rococó puede servir de fondo a un fastuoso sarao donde las damiselas de pelucas empolvadas y faldas de medio paso, alarguen sus manos, arqueando el brazo, a los petimetres y currutacos, a los acordes de un minueto de Mozart o al sonar de una pavana de Gluck. Ved la antigua Seo de Lérida convertida en cuartel; ved cuanto se asemeja al frontispicio de una iglesia el churrigueresco palacio valenciano del Marqués de Dos Aguas, que para hacer mayor la semejanza hasta luce una imagen de la Madre de Dios sobre su pórtico laberíntico.

Un templo románico no puede ser nada de eso ni otra cosa que un lugar de recogimiento y de oración. Yo no se si ello será obsesión de enamorado o fantasía de poeta; pero si hubiera de definir en un solo adjetivo la impresión que en mi ánimo produce la contemplación de los distintos estilos arquitectónicos, diría que el gótico es magnífico, que el renacimiento es abrumador, el plateresco teatral y el barroco pintoresco. Del románico diría únicamente que es divino.

Y no se crea que empleo una hipérbole, por lo menos deliberadamente. Si exageración existe en tal calificativo, yo os ruego que la achaqueis, perdonándola, al innato regionalismo que todos los nacidos en esta tierra llevamos en lo más íntimo de nuestro ser, querámoslo o no, a sabiendas o sin darnos cuenta de ello.

Recordaba hace un instante la frase de Balaguer hablando de Galicia, la de las iglesias románicas y los cielos aborregados. Yo creo sinceramente que entre uno y otro concepto, el de las iglesias románicas y el de los cielos vedijos, hay una relación más estrecha de lo que a la simple vista parece. Durante una gran parte del año, en casi toda Galicia, las nubes, blancas o plomizas, compactas o sutiles, deslízanse relativamente bajas, y las agujas góticas, que tienden a las mayores alturas accesibles, parece como que reclaman que al través de sus afiligranados encajes de piedra se transparente el inmenso y puro azul. Las gallardas torres ojivales parecen desafiar al espacio sin fin; las románicas no osan a tanto. Los agudos pináculos, las flamígeras cresterías, parece que demandan climas secos que no corroan las calizas en que los artífices de la piedra lucieron sus primores; los contrafuertes y los tejaroces de las iglesias románicas parecen cobijarlas y protejerlas amorosamente contra las inclemencias atmosféricas, sin desafiarlas. En lo gótico hay altivez; en lo románico la modestia y mansedumbre compatibles con las exquisiteces del Arte.

Que las condiciones climatológicas de un país influyen de modo directo en la psicología de sus naturales, es una verdad de toda evidencia. Y así, establecida la relación, que yo juzgo indiscutible, entre el cielo gallego y la perduración del arte románico en nuestra arquitectura religiosa, no es dificil el encontrarla, también, entre ésta y la especialísima manera de ser de la devoción gallega, de la devoción aldeana, de la que no se paga de exhibiciones ni de efectismos. Nuestra religiosidad campesina es humilde y recatada; no eleva al cielo los ojos, como temerosa de tanta grandeza, antes los fija en la tierra de la que fuimos for-

mados y a la que hemos de volver; cuando el sacerdote, en el santo e incruento sacrificio de la Misa, eleva a la adoración de los fieles la Hostia sacrosanta en sus manos consagradas, no se atreven estos a levantar hasta ella la mirada, sino que humillan reverentes la cabeza, como buscando a Dios en el propio corazón; el sincero devoto ama los rincones apartados y envueltos en penumbra misteriosa, esquivando toda ajena curiosidad para mejor concentrar su atención en sus místicas plegarias; con recogimiento fervoroso y unción extraordinaria, besa el suelo por todos pisado, porque es para él el *santo suelo*. ¡Sublime anulación de toda humana soberbia y ejemplar renunciación de todo orgullo, solo comprensibles en estas sencillas iglesias románicas, envueltas en esa consoladora semi-obscuridad tan grata para el alma, sintiendo gravitar sobre el ser toda la enervadora pesadez de la bóveda de medio cañón, sin otra luz que la artificial del místico cirio amarillento cuyo chisporroteo es el único ruido que acompaña al bisbisar de los íntimos rezos, o la escasísima que se desliza hasta el fondo de la nave a través del estrecho ventanal, abierto a modo de cortadura en la pared maciza entre dos pesados contrafuertes!

Para el espíritu gallego yo creo que debe ser un tanto dificultoso el lograr el apetecido recogimiento en los templos góticos de naves altísimas y columnatas aéreas, espléndidas de luz y de colores que se filtran a través de las arrogantes y polícromas vidrieras; del mismo modo debe parecerle irrisorio el no atreverse a alzar la mirada cuando todo lo que le rodea recuerda la exuberancia de la vida en las frutas y pámpanos y flores que parecen deslizarse a lo largo de los recuadros de las columnas platerescas; acaso se le antoje un extraño contrasentido el besar el *santo suelo* en una capilla inundada de sol y recargada de los adornos dorados y blancos que privan en el estilo churrigueresco; y los muros, austeramente pretenciosos como un hidalgo de los tiempos de Felipe II, de los templos áridos y fríos del Renacimiento, parecerianle regañarse en una burlona sonrisa ante la credulidad primitiva y el sincero y hondo misticismo de nuestros fervientes aldeanos.

Mejor se explica nuestra fe gallega el misterio en que envolvían su culto los primeros cristianos en las medrosas profundidades de las Catacumbas, que el fausto y el esplendor que parece reclamar aquél en los templos precisamente espléndidos y fastuosos. Tal fondo para tal marco, al extremo de que pudiera decirse que no fueron éstos fabricados para amoldarse a la prístina humildad de nuestra religión sacro-

santa, sino que se ha intentado, más bien, al construirlos, que esta se adaptase a la mundanalidad aparatosa de las iglesias vistosas y magníficas.

Y perdonadme que así me exprese, siempre en el terreno del Arte, pues nada más lejos de mi ánimo que apartarme de él ni un momento siquiera. Por eso, sin abandonarlo un solo instante, yo me permito creer que la arquitectura cristiana no debe admitir, para merecer en justicia tan excelso calificativo, otra inspiración que la de la más pura y acendrada fe. Y el Renacimiento fué a buscarla en las obras del paganismo, del mismo modo que el borrominesco tomó su esencia del mundo profano. Es decir, el uno antes de la religión cristiana, el otro fuera de ella y ambos en lo que pudiera ser calificado, sin grave yerro, de antítesis de la verdadera fe. Por eso aunque de uno y otro estilo hablo, hágolo porque realmente existen, citándolos no más que en relación con los dos que en puridad merecen el dictado de eminentemente religiosos: el románico y el gótico.

De este último ya queda dicho que no tenemos en Galicia iglesia que por entero le pertenezca; un ejemplar típico, absoluto, completo, sin mezcla alguna, característico en el conjunto y en los detalles. Podrán ser góticas las naves, pero a buen seguro que la puerta será románica, plateresco el cláustro, renaciente el retablo y barroca esta o aquella capilla, constituyendo la totalidad esa hibidra mescolanza de estilos que predomina en nuestros templos, y en mayor abundancia precisamente en aquellos que, por más ricos o más afortunados, parece como que debieran señalar el camino de las restauraciones juiciosas y equitativas.

Pero si no tenemos un ejemplar que deba ser señalado como arquetipo de la arquitectura ojival religiosa, no es difícil el tropezar a cada paso con templos del más puro romanismo, diseminados aquí y allá por toda Galicia.

Sin salir de la vecina y hermana provincia de Lugo, que es la que más conozco por llevar en ella residiendo la mayor y mejor parte de mi vida, pudiera señalaros por docenas las iglesias absolutamente románicas, sin mixtificaciones que las afeen ni aditamentos que las desfiguren; y aún limitando nuestra exploración a un extremo pedazo de su suelo, pudiera citaros muchos de los templos archiseculares y de aquel estilo que esmaltan la famosa *Ribera Sagrada*, como en lo antiguo se llamó a la del Sil leyendario en las proximidades de su confluencia con el Miño

caudaloso. Vasto eremitorio, con justicia calificado de Tebaida gallega, bien pudiera aquel nombre ser pluralizado, incluyendo en él los rientes valles que se abren entre las orillas del Cabe y las de nuestro río regional por excelencia, en lo más meridional de la provincia lucense. San Esteban de Atán, San Vicente de Pombeiro, San Victorio de Ribas de Miño, San Martín y San Juan de Acova, San Payo de Diomondi, San Julián de Eiré, San Pedro Fiz de Cangas, San Esteban de Chouzán y muchas otras iglesias que se alzan en aquellos paradisíacos lugares, conservan en toda su integridad y pureza el tipo románico, constituyendo un curioso y abundante Museo de aquel arte devoto y soberano. Citar sobresalientes detalles llevaríame a incurrir en pecado de prolijidad, y nada más lejos de mi ánimo. Acaso por pobres, tal vez por apartadas de los grandes núcleos de población, pudieron llegar hasta nosotros casi milagrosamente íntegras en medio de su venerable ancianidad. ¡Dichoso su aislamiento y bendita su pobreza, si fueron una y otra quienes las salvaron en el naufragio de tantos ideales y de tantos tesoros como ellas vieron perecer!

¡Nuestras iglesias románicas! Defenderlas es una deuda; conservarlas un honor. Defenderlas contra las injurias de los siglos y la barbarie de los hombres; conservarlas infiltrándoles, como elixir de larga vida, la savia de meditadas y artísticas restauraciones. Porque son ellas el símbolo más preciado de nuestra fe regional; porque gallegas fueron las manos piadosas que de la nada las alzaron, en acción de gracias al Dios de las victorias, cuando todo, desde el mar cántabro al latino parecía zozobrar y fenecer; porque al amparo de sus muros o al pie de sus altares duerme el sueño sin fin una pléyade de gallegos ilustres por sus virtudes o sus hechos hazañosos; porque en su sagrado pavimento doblaron reverentes sus rodillas los millares de peregrinos que de todas partes del mundo acudían a postrarse ante la tumba de nuestro Apóstol, cruzando profundas hondonadas y escalando montañas empavorecedoras; porque ellas fueron testigos de los días gloriosos de aquella Galicia grande y libre, codiciada a sangre y fuego por los monarcas leoneses y castellanos....

Pedazos de nuestra vida, fragmentos de nuestra historia, esencia de nuestra fé, no permitamos que las cruces que culminan en los *Agnus-Dei* de sus frontones sean símbolo de martirio sino lábaro de redención. De redención para éllas y para esta tierra bendita y amorosa; que así parece demandárnoslo, desde el fondo de sus tumbas ignoradas,

aquella legión anónima de fervorosos artistas que al labrar cada imposta, al cincelar cada archivolta, al esculpir cada canecillo, acometían las tres más grandes empresas a que el hombre puede aspirar bajo la bóveda infinita de los cielos: hacer Fé, hacer Arte y hacer Patria.

***

Decía Don Antonio Maura, contestando en la Academia Española al discurso de recepción de nuestro ilustre paisano el Sr. Marqués de Figueroa, que para cumplir debidamente su cometido, se necesitaban en aquella docta casa colaboraciones muy diversas. Y si esto es verdad tratándose de una Corporación cuyo fin casi único es velar por la conservación y pureza de nuestra habla nacional, no hay para qué hacer resaltar la necesidad de muy distintas colaboraciones también en la labor de esta Real Academia Gallega, cuyo objeto es, como en sus Estatutos se consigna, cultivar principalmente aquellos estudios que más puedan contribuir al conocimiento de la Historia, Antigüedades, Literatura y Lengua de Galicia.

Utilísimos servicios puede prestar a esta patriótica y noble causa el nuevo Académico. En frecuente contacto, por su carrera, con el mundo rural gallego; conocedor de los tesoros arqueológicos de nuestra región y peritísimo en cuanto al Arte concierne y con él se relaciona, en conjunto y en detalle, de él esperamos una actuación tan sostenida y eficaz en la defensa y conservación de nuestros gloriosos monumentos, como la que en otros órdenes realizó en las múltiples empresas a que consagró su actividad. ¡Quiera el Cielo concederle para ello larga vida, ya que no han de ser, de fijo, el deseo y el tesón los que han de faltarle!

He terminado.

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA

F12987

Biblioteca